

en vez de lienzo, del papel de los documentos encontrados en los archivos, quedando un hospital que contenía cien heridos, durante tres días, sin víveres ni socorros de ninguna clase. La moral de los soldados en filas estaba profundamente quebrantada. «Atormentados por una vaga inquietud, marchaban á través de la monótona uniformidad de aquellas extensas llanuras, de aquellos vastos y silenciosos bosques de negros abetos, asustados de su insignificancia en medio de tal inmensidad. Formábanse entonces en su mente siniestras y fantásticas ideas sobre la geografía de estas regiones desconocidas, y sobrecogidos de un secreto horror vacilaban en avanzar por aquellas inmensas soledades.» (SEGUR). Lo que principalmente conmovió á Napoleón fué el incendio de Smolensko, resultado de una fría determinación, y el abandono de la ciudad por la casi totalidad de sus habitantes, comprendiendo entonces que esto significaba que todo el pueblo ruso retrocedía ante él. Hallándose en Vitepsk, había pensado ya sublevar á los campesinos, pero no tardó en reconocer que estas tentativas no darían el menor resultado. Barclay esparcía la voz de que Napoleón había dado orden de incendiar los almacenes y las iglesias, y los siervos estaban convencidos de que los Franceses eran verdaderas legiones de demonios acaudilladas por el Anticristo, no atreviéndose siquiera á usar los utensilios que ellos hubiesen tocado. Por otra parte, Napoleón vacilaba en provocar una guerra social, y aun hallándose en Moscou rehusó los ofrecimientos que se le hicieron con este objeto.

Desde Smolensko podía Napoleón dirigirse hacia San Petersburgo, hacia Moscou ó hacia Kiew, mostrándose vacilante entre los tres caminos. En Kiew podría envolver á Tchitchagof, destruyendo el flanco derecho del ejército ruso y asegurando la posesión de las provincias más populosas y ricas de Rusia. En San Petersburgo podía apoderarse de todos los recursos del gobierno, de los arsenales de mar y tierra, y quitar á Alejandro el único punto de comunicación con Inglaterra. Pero en Moscou atacaba á la nación rusa en su corazón, faltando sólo quince días de marcha para llegar á esta ciudad, mientras que San Petersburgo se hallaba á una distancia de veintinueve días. El nombre de Carlos XII acudía con frecuencia á su mente, esforzándose en buscar mil diferencias entre la expedición sueca y la suya. Sus lugar-

tenientes habían quedado victoriosos en las dos alas extremas del ejército. Schwartzenberg y Reynier, que habían ya rechazado á Tormasof hasta Gorodeczna, en donde le derrotaron (12 de Agosto), alcanzaron un nuevo triunfo en Kobryn (16 de Agosto). Mientras que Macdonald se apoderaba de Dunaburgo y atacaba á Riga, Oudinot, auxiliado por el cuerpo de ejército bávaro, mandado por Gouvión Saint-Cyr, se apoderaba de Wittgenstein, sobre el Drissa, tras varios combates afortunados (29 de Julio, 1 y 2 de Agosto). Retiróse, sin embargo, hacia Polotsk para concentrar sus fuerzas y trabó un nuevo combate (17 de Agosto), hasta que á causa de una herida grave hubo de entregar el mando á Gouvión Saint-Cyr; al día siguiente el nuevo general en jefe alcanzó la brillante victoria de Polotsk, que le valió el bastón de mariscal, que hacía ya mucho tiempo tenía merecido. Tranquilo siempre, aun en medio de los mayores peligros, dotado de sencilla gravedad, de costumbres irreprochables y de una probidad ejemplar, había adquirido gran ascendiente sobre sus tropas, á las cuales por otra parte atendía poco, fuera del campo de batalla; por su genio filosófico y meditabundo se inclinaba principalmente á sacar partido del modo de ser y condiciones de sus enemigos y de sus subordinados. Tan excelentes condiciones hacían que se le perdonase su carácter díscolo y raro, dejando entrever al antiguo dibujante por la facilidad con que se hacía cargo del terreno al primer golpe de vista y por su habilidad en servirse del mapa.

El día 20 de Agosto salió el grande ejército de Smolensko, dirigiéndose Napoleón sobre Moscou con 155.000 hombres, apoyado por otros 280.000 que había dejado en Lituania y Polonia. Disputábanse el mando de la vanguardia Davout y Murat, cuya mala inteligencia malogró la oportunidad de librar una batalla en Dorogobouje el 23 de Agosto. En el campo ruso se pronunciaron todos contra Barclay, que había permitido al enemigo sacar partido del terreno en vez de aprovecharlo contra él, llegando Bagration á suponer una traición. Todo el ejército reclamó á Kutusof, en cuyo favor militaba el recuerdo de Amstetten, de Krems, de Dirnstein y de sus recientes triunfos sobre los Turcos. El Czar cedió al final, confiándole el mando del ejército, y Barclay pidió noblemente servir á sus órdenes. Esta designación produjo general entusiasmo, á pesar de que Kutusof no podía ni debía



hacer otra cosa que proseguir la ejecución del plan de Barclay, continuando en su retroceso é incendiando sus propias ciudades á medida que las iba evacuando. Pero no era posible dejar á Moscou, la ciudad santa, sin intentar su salvación por medio de una batalla campal, para lo que Kutusof se detuvo en Borodino, en la confluencia del Moskowa y del Kolotch ó Kolocza. Cubierto el terreno de reductos y fortificaciones, se le unió allí Miloradowitz, con 10.000 reclutas y una multitud de campesinos que tremolaban á su frente la cruz al grito de « ¡Dios lo quiere! » Kutusof contaba entonces 72.000 infantes, 18.000 hombres de caballería regular, 7.000 cosacos, 10.000 hombres de milicias y 640 piezas de artillería, servidas por 14.000 artilleros, mientras que Napoleón sólo había podido reunir 86.000 infantes, 28.000 hombres de caballería y 587 cañones, servidos por diez y seis mil zapadores ó artilleros; pero su ejército, aunque extenuado por esta marcha de 800 leguas, era aún superior al de los Rusos, aunque se hallasen éstos, dice Segur, «en aquel estado en que los pueblos conservan todavía sus antiguas virtudes además de las nuevamente adquiridas.» El grande ejército de 1812 presentaba mayor unidad que el de 1809.

Napoleón llegó en 5 de Septiembre al monasterio de Kolotskoi, desde donde reconoció que la derecha rusa estaba perfectamente defendida por la elevada cortadura que presentaba la orilla izquierda del Kolocza, por lo que era preferible atacarla por el punto que se había fortificado; con objeto de poder desplegar sus fuerzas con más libertad, ordenó en aquel mismo día la toma del reducto de Schwarardino, situado á la derecha del campo de batalla, para lo cual fué necesario un espantoso combate entre las tropas de Eugenio, Compans, Murat y Poniatowski y el ejército de Bagration, tras el cual el reducto quedó en poder de los Franceses. Napoleón, al pasar revista á las tropas al día siguiente, preguntó dónde estaba el regimiento 61.º de línea, que había tenido la gloria de apoderarse de la posición, respondiéndole su coronel: « ¡En el reducto, señor! »

El 6, al alborar el día, Napoleón montó á caballo y seguido de sus generales examinó con el mayor cuidado el terreno en que debía medir sus fuerzas con las del contrario. «Después de este examen, Napoleón cambió de propósito, determinándose á dejar en la izquierda

del Kolocza un corto número de tropas, atacando con energía el centro, hacia Borodino, pero dirigiendo todos sus esfuerzos hacia la derecha del Kolocza, tanto sobre el primer cerro, coronado por un gran reducto, como sobre el segundo, defendido por tres trincheras que en forma de estrella se extendían por delante de la aldea de Semenovskoi. Al propio tiempo, el cuerpo de Poniatowski marcharía, á través de los bosques de Outitza, por el antiguo camino de Moscou para moles-



Toma del reducto central, en la Moscowa. Muerte del general Juan Gabriel, conde de Caulaincourt, hermano menor del duque de Vicenza. (Según un dibujo de Albrecht Adam, pintor de cámara de S. A. I. el príncipe Eugenio)

tar á los Rusos por esta parte, pudiendo también, si el ataque no fuese favorable por este lado, apoyarle con fuerzas aun más considerables. — Eugenio será el eje, — dijo Napoleón. — La derecha empezará la batalla, y cuando, protegida por los bosques, haya logrado apoderarse del gran reducto que tiene á su frente, hará un movimiento de flanco hacia la izquierda, sobre los Rusos, destrozando y rechazando todo su ejército sobre la derecha y sobre el Kolocza (1).»

(1) Davout, realmente tan gran militar que sobre un punto determinado podía haber la duda entre él y Napoleón, propuso otro plan, que parecía ofrecer aún resultados más decisivos; pero el Emperador se creyó en el caso de rechazarlo por las razones que expone Thiers, tomo XIV, pág. 310.

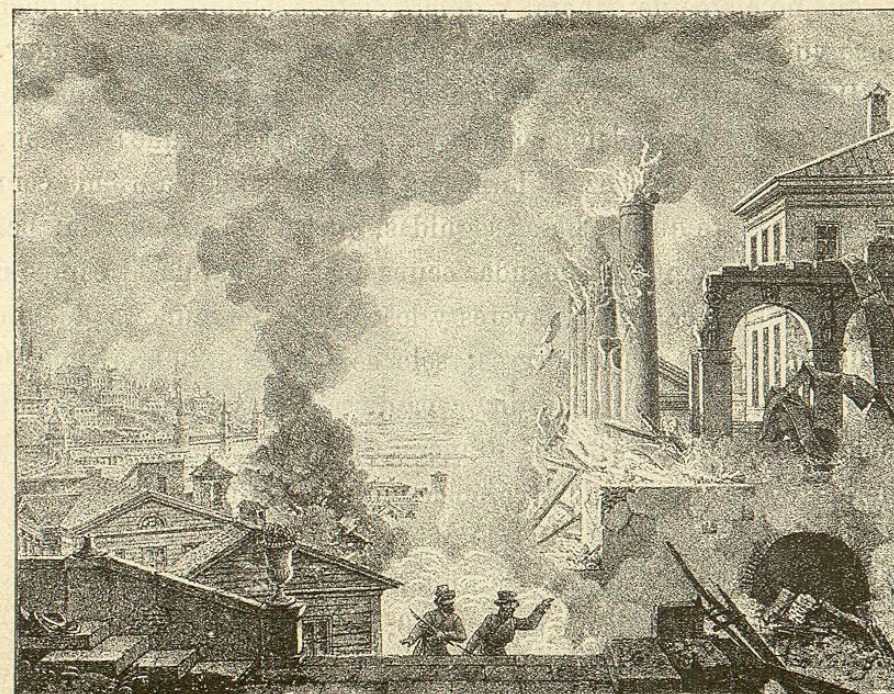


El día 6 transcurrió tranquilamente, preparándose para la batalla. En el campamento ruso reinaba el más profundo silencio; Kutusof, rodeado de popes y archimandritas, mostraba á sus soldados la imagen de la Virgen de Smolensko, que se había librado milagrosamente, según se decía, de manos de los Franceses, y les exhortaba á la defensa de su religión y de su patria. En el campamento francés, Napoleón enseñaba á sus oficiales y á los soldados de la vieja guardia el retrato del Rey de Roma, hecho por Gerard, que acababa de recibir. Los Rusos pasaron la noche confesándose y comulgando, y por la mañana, vestidos de blanco como para una boda y de rodillas, fueron bendecidos y rociados con agua bendita por los popes.

Napoleón, extenuado, sufrió en la noche del 6 un violento acceso de fiebre; le devoraba la sed y no tenía un instante de reposo, viniendo á agravar tales sufrimientos un nuevo ataque de disuria; pero se reanimó á las cinco de la madrugada, al saber que los Rusos se apresaban al combate y que Ney solicitaba la orden de ataque. «¡Por fin son nuestros! — exclamó. — ¡Marchemos, vamos á abrir las puertas de Moscou!» Levantóse y marchó al campo de batalla. «Eugenio tomó posiciones frente á Borodino, sobre el Kolocza; Davout y Ney formaban el centro, teniendo en segunda línea á Murat y Junot, y como reserva la guardia; Poniatowski formaba la derecha. Davout y Ney comenzaron el ataque sobre los reductos de Semenofskoi, lanzándose impetuosamente en los espacios libres de fortificaciones, envolviéndolos por completo y entrando los soldados de ambos cuerpos revueltos en los reductos, sin dar siquiera tiempo á los Rusos para retirar sus cañones.» Bagration acudió con nuevos refuerzos, pero sus desesperados ataques no dieron ningún resultado y él mismo cayó mortalmente herido.

Kutusof, mientras tanto, lanzaba el grueso de sus tropas contra Eugenio, que después de haberse apoderado de Borodino, había tomado también el gran reducto, logrando arrojarle de él y mandando entonces sus reservas en socorro de su izquierda. Renovóse el combate con furor, pero el encarnizamiento de los Rusos se estrelló ante la fría intrepidez de los batallones franceses, quedando las trincheras en poder de éstos. Kutusof entonces recogió y concentró todas sus tropas para intentar un último esfuerzo, pero se previno su ataque dirigiendo nuevas

fuerzas sobre la izquierda del reducto, penetrando en él por la brecha los coraceros de Caulaincourt y la infantería de Lanabere, escalando la muralla; ambos generales murieron, pero el reducto fué tomado. Ya era tiempo, pues las masas rusas se lanzaban por tercera vez sobre Semenofskoi. «El choque fué espantoso; todo se revolvió, alteró y destruyó en medio de las detonaciones de 800 piezas de artillería; por



Incendio de Moscou. (Reproducción litográfica de un dibujo de Bacler d'Albe)

fin, Davout y Ney destruyeron por completo la izquierda de los Rusos, que se retiraron hacia el Moskowa.» (LAVALLÉE).

Eran las tres y media de la tarde. Durante toda la jornada, Napoleón, autor de tan hermoso plan, había permanecido silencioso y abatido á causa de sus sufrimientos físicos, que no podía ya ocultar; respondía lánguidamente á las preguntas que se le hacían, contestando con gestos de resignación al tener noticia de la muerte de sus mejores generales. Esta indecisión fué causa de que la batalla no se ganase por completo á las once de la mañana, y aun á las dos de la tarde, pues si la guardia hubiese entrado entonces en acción, como Belliard, Murat y Ney le suplicaban con gran insistencia diese la